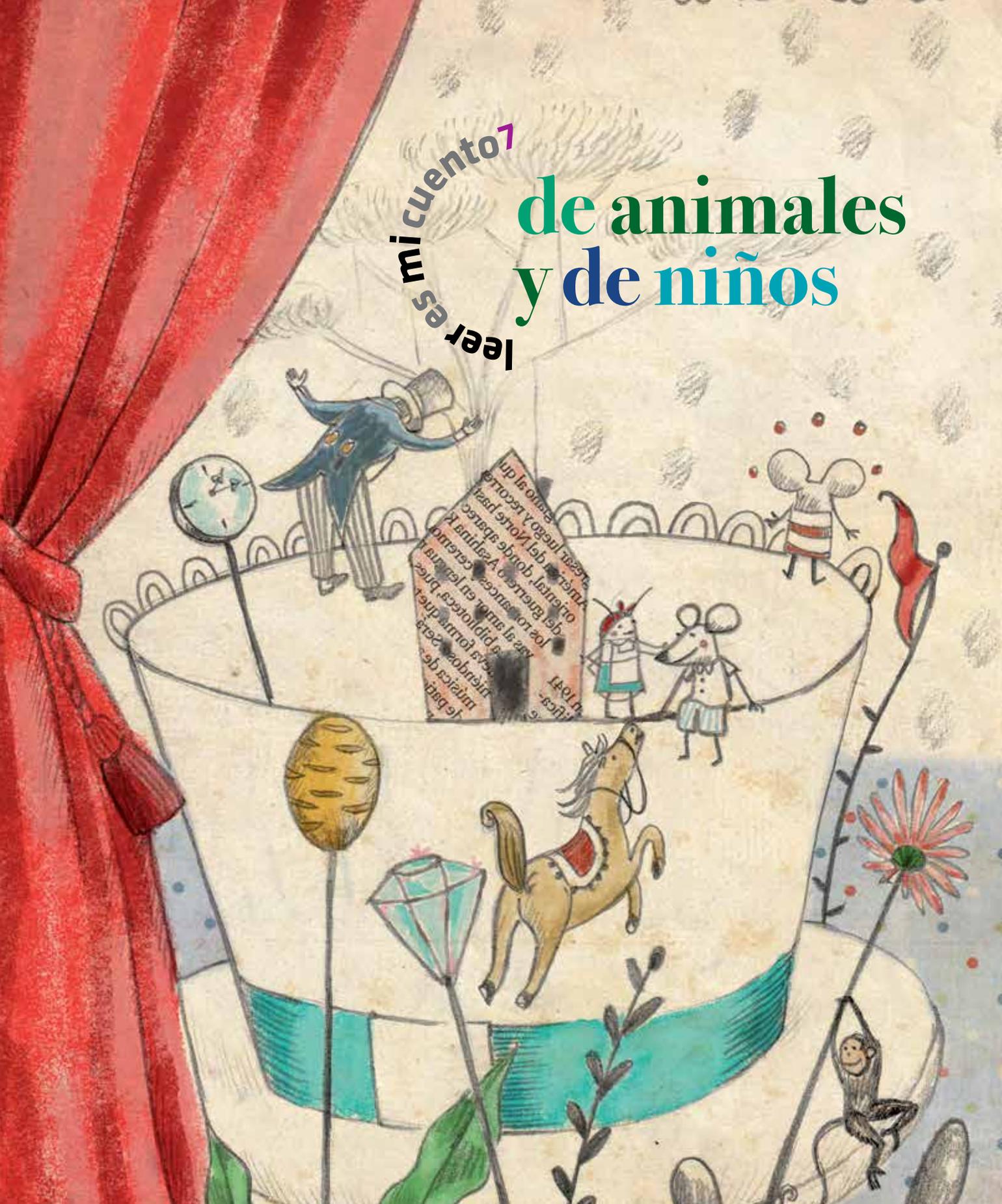


Leer es mi cuento⁷

de animales y de niños





MINISTERIO DE CULTURA DE COLOMBIA
Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL
María Fernanda Campo Saavedra
MINISTRA DE EDUCACIÓN

EDITOR
Iván Hernández

COORDINADORA EDITORIAL
Jenny Alexandra Rodríguez

DISEÑADOR EDITORIAL
Nestali Vanegas

ILUSTRACIONES
Olga Lucía García
Paula Bossio

COMITÉ EDITORIAL
Nabum Mont, Consuelo Gaitán, Iván Hernández,
Moisés Melo y Jorge Orlando Melo

Primera edición, 2014

ISBN: 978-958-8827-06-3

© Ministerio de Cultura. Derechos patrimoniales reservados sobre las ilustraciones de Olga Lucía García y Paula Bossio.

© Para el cuento *Los caballos que no querían amo*, esta edición es autorizada por los herederos de Gerardo Molina: Juan Patricio Molina y Carlos Gerardo Molina

Material de distribución gratuita.

Los derechos corresponden al Ministerio de Cultura; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no hay ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso escribiendo a:
literaturaylibro@mincultura.gov.co

serieleeresmicuento@mincultura.gov.co

IMPRESO EN: marzo DE 2014

Impreso por: Imprenta Nacional de Colombia

ÍNDICE

Los caballos que no querían amo

María Eastman..... 4

Memorias de un niño embustero

Rafael Jaramillo Arango..... 9

Minisurumbullo y el dulce de icaco

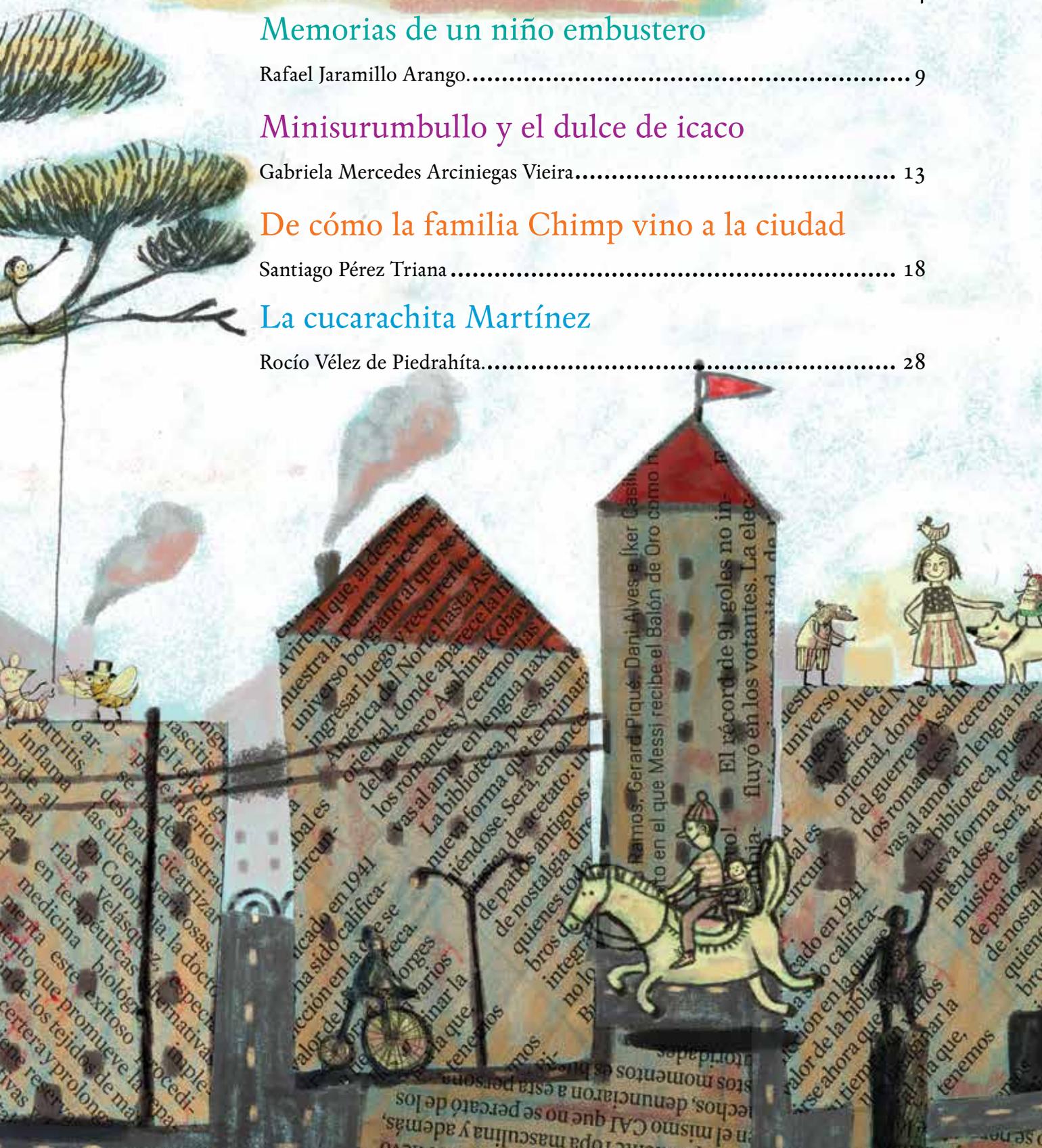
Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira..... 13

De cómo la familia Chimp vino a la ciudad

Santiago Pérez Triana..... 18

La cucarachita Martínez

Rocío Vélez de Piedrahíta..... 28





Los caballos que no querían amo

María Eastman

4

En una hacienda de caña había un caballo color melado, que a fuerza de trabajar y comer mal, mostraba las costillas y parecía que iba a desarmarse. Durante la semana cargaba caña y el domingo traía el mercado del pueblo. No conocía, pues, día de descanso. Por otra parte, las moscas no le dejaban punto de reposo, revoloteando alrededor de las mataduras que tenía en el lomo. ¿Comida?, apenas la poca yerba que encontraba en el potrero. Sintiéndose viejo y enfermo pensó que muy pronto lo matarían para aprovechar su piel. Había sido resignado, pero no hasta el punto de dejarse matar después de tanto sufrir. Resolvió huir de la hacienda en busca de mejores aires. Como lo pensó lo hizo. Al amanecer salió al camino y se dirigió al pueblo; no se le ocurrió irse al monte porque estaba seguro de que por allá irían a buscarlo, mientras que a ninguno se le ocurriría que estaba en la ciudad. Era malicioso el viejo caballo. Iba medroso porque creía encontrar enemigos en todas partes.

Al pasar por la hacienda vecina salió un perro conocido suyo. “Ahora, éste va a contar que me vio y estoy perdido” se dijo para sí. Resolvió hablarle con franqueza y contarle que se iba, aburrido de soportar a sus amos. El amigo le concedió la razón y le prometió guardar secreto. Camino adelante, las moscas empezaron a atormentarlo volando alrededor de sus heridas que se habían



irritado con el calor. –No puedo seguir con este sol tan fuerte-, y se internó en el monte vecino; se echó sobre la hierba. ¡Qué gusto! ¡Cómo se sentía de libre! Se revolcó gozoso y dio fuertes relinchos. Cuando refrescó la tarde siguió su camino y anduvo gran parte de la noche. Ya iba por campos desconocidos para él, que nunca había salido de los límites del pueblo. Se sintió trotamundos y se culpó de haber permanecido tanto tiempo en la finca; sólo ahora sabía lo que era vivir. ¡Qué pastos tan fértiles y tiernos! ¡Qué arroyos más frescos! Había casas a lado y lado del camino y se encontraba a cada paso con otras bestias que lo saludaban con un alegre ¡adiós, camarada! Era todo tan agradable y tan fácil. Ya no le dolían las heridas y hasta las moscas escaseaban cerca de él. Avanzada la noche se entró por un potrero hasta cerca de una casa, cuando oyó que varios caballos conversaban en un pesebre y se acercó. Se quejaba uno del mal trato que le daba su amo haciéndolo trotar todo el día sin descanso. “Melado” entonces le propuso que se fueran juntos, y el otro, ni corto ni perezoso, aceptó. Ya eran dos e iban felices relatándose sus quebrantos.

Servían hoy a un labriego, mañana transportaban leña, al otro día caminaban; así iban ganando el sustento y adelantaban camino. Hicieron valiosas relaciones

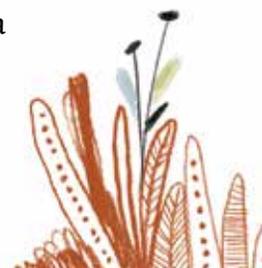


y aprendieron cosas útiles. Primero se hicieron amigos de un caballo de carreras que los invitó a la pista para que lo vieran correr. Los dos caballos campesinos estaban deslumbrados; jamás habían visto tanta gente reunida, ni caballos tan enjaezados y que corrieran tan aprisa. Pero se alejaron desengañados al comprender la envidia y la rivalidad que existía entre esos caballos; las gentes los habían dañado prodigándoles elogios.

6 En un pueblo donde pernoctaron, trabaron amistad con una pareja de yeguas de tiro que arrastraban el coche de una anciana señora. Eran blancas, gordas, con crines cuidadas y muy presumidas ellas. Parados al borde del camino las vieron al día siguiente uncidas a su vara, erguidas y solemnes. No; tampoco aquella vida era envidiable por más que las mimaran. Siguieron adelante. En un recodo se pararon en seco; entre la cuneta había un pobre caballo que no podía valerse; los generosos amigos lo ayudaron a salir y él les dijo que su amo lo había abandonado por inútil. Si el amo cruel hubiera entendido el lenguaje de los caballos habría huido horrorizado al saber lo que de él decían. Siguieron marchando más despacio para que el enfermo pudiera seguirlos. Como ya eran tres, resolvieron ponerse un nombre, repartir el trabajo y ayudarse mutuamente. “Melado” escogió para su primer compañero el nombre de “Amigo” y el de “Infortunado” para el último llegado. Fue “Melado” el jefe natural porque era el más recorrido e inteligente. “Amigo” le ayudaría en todo y sería como su secretario. El “Infortunado” no tendría que hacer por el momento sino reponerse. Corrieron los días y los tres compañeros fueron por regiones montañosas de donde descendían grandes corrientes de agua; pasaron ante socavones por cuyos agujeros salían hombres tiznados; vieron las dragas en las minas de aluvión: se pararon muchas veces mientras pasaba el ferrocarril y siempre se les volvía cosa de maravilla que aquél corriera tanto sin necesidad de caballos; caminaron por la orilla de un gran río y vieron deslizarse por él barcos inmensos; fueron luego por entre maizales verdes, por sembrados de caña, por platanales extensos; pasaron más tarde por pastales altísimos, llenos de novillos. Estaban embriagados de dicha, cada vez querían conocer más. Oyeron nombres de ríos, de ciudades y de regiones. “Melado” amaba las montañas porque en ellas había nacido y trepaba ágilmente, pero sus dos compañeros se decidían por los valles, sus años y sus enfermedades no les permitían subir con la misma agilidad.

Asistieron, escondidos en el monte, a una cacería de venado y llegaron a interesarse tanto que casi se delatan con sus relinchos.

Pero todo va cansando y “Amigo” fue el primero en manifestar que quería radicarse en algún sitio. –Tendrás que tomar dueño, –le dijo “Melado”.



–¡Eso nunca! –contestó el caballo. –
Entonces: ¿cómo piensas vivir?

– ¡Libre!

– ¿Crees que si el hombre te ve suelto
y sin dueño te va a durar la libertad?

– Entonces, ¡huiré!

– Pues tendrás que vivir huyendo,
porque el hombre es igual en todas partes.

– “Infortunado”, que estaba oyendo,
intervino:

– Ambos tienen razón: es bueno
tener casa, comida y sitio fijos, pero es
tremendo tener amo. Podríamos buscar
un refugio a donde el hombre no llegue.

– ¿A donde el hombre no llegue? Y
qué lejos debe estar ese lugar –repuso
“Melado”.

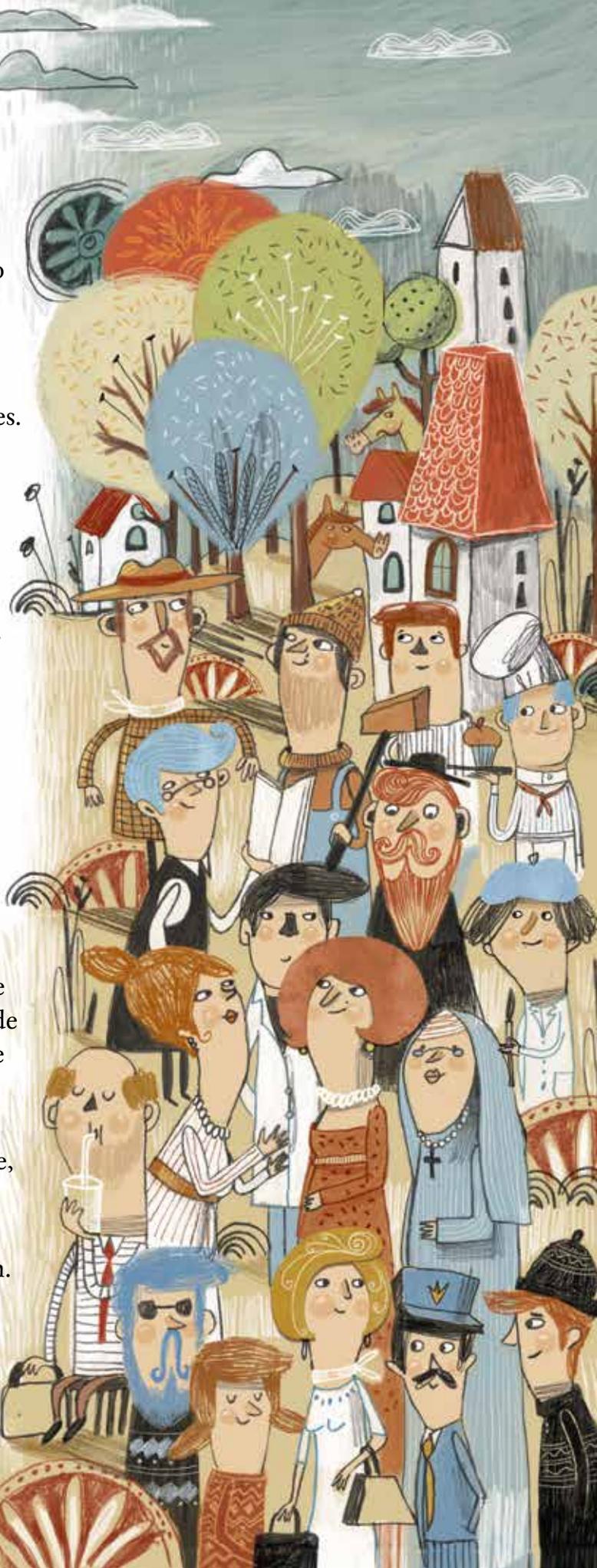
– Pero debe existir –dijo “Amigo”–.
Vamos a buscarlo.

– Reanudaron la marcha. El hombre
estaba en todas partes; ya era el
hacendado, el vaquero, el médico, el
leñador o el militar. No había camino
por donde pudieran ir tranquilos, monte
donde estuvieran seguros o poblado donde
pudieran descansar. Sentían siempre que
el hombre estaba cerca.

Al fin divisaron la selva y creyeron
que habían llegado al término de su viaje,
cuando les salió al encuentro una yegua
que huía.

– ¿De dónde vienes? –le preguntaron.

– De la selva; allí hay unos colonos
y me maltrataban tanto que tuve que
escapar.



Se miraron desconsolados.

– ¿A dónde ir, pues?

– Yo sé a dónde –dijo la recién llegada–. ¡Síguenme!

Trotaron felices detrás de ella presintiendo la cercanía de un llano, rico en pastos, con grandes ríos y lejos de los hombres.

Al fin de varias jornadas se presentó a sus ojos un gran arenal; era el desierto.

– Hemos llegado –dijo la yegua.

– Pero aquí no podremos vivir –exclamó “Amigo”–, no hay agua ni yerba.

– Además –agregó “Melado”– hace un calor insoportable y no veo un árbol que nos dé abrigo.

Aquí no hay vida, todo está muerto, repuso “Infortunado”.

– Pues es el único sitio en donde no vive el hombre –dijo la yegua.

Los cuatro amigos se declararon derrotados y se echaron en el límite del campo a esperar la llegada de un amo.





Memorias de un niño embustero

Rafael Jaramillo Arango

9

Mi papacito mío querido tiene en Medellín una casa grande, como de aquí a bien lejos, pero no podemos vivir en ella porque es lo que dice mi mamacita linda, y es que nos moriríamos de frío; por eso conseguimos aquí una casa donde vivimos todos, que son mis papás y mis abuelos, que son los papás de mi papá y los papás de mi mamá, y los tíos y las tías, que son los hermanos y las hermanas de mamá y tía Encarnación SAGRARIO, que es hermana de mi papá. Yo tengo ocho hermanos y ocho hermanas, pero yo estoy contado entre los hermanos.

Las muchachas de la casa son dos cocineras y dos meseras, y dos niñeras, y también hay dos jardineros y dos choferes; también vive la señora que cose la ropa y la señorita que nos enseña piano y dibujo; yo no sé cuántos somos en la casa, pero me parece que somos cien.

En la casa grande de Medellín sí podríamos vivir, porque mi tía Francisca la conoce y me contó que ella estuvo recorriéndola todo el día y que salió de la alcoba de ella cuando era temprano y que por la tarde no había llegado a la última alcoba. Yo le dije a Gabriel, que es un muchacho que tiene un pie torcido y está aprendiendo a tocar violín, le dije que teníamos una casa tan grande y me dijo que yo era un muchacho mentiroso, pero la verdad es, para Dios.



10

Mi tío Juan Nepomuceno está muy viejito, pero me ha contado todas las guerras que hizo, porque él es general y le enseñó a pelear al general Bolívar, y mi tío tiene la espada con que mataba a los españoles, que es una espada como de tres metros y pesa mucho y está manchada de sangre.

A mi tío le dieron muchos balazos y le dieron uno encima del hombro y le fue a salir por un pie y se le pasó al otro pie y le salió por el otro hombro.

Yo le conté a Gabriel lo que le pasó a mi tío y me dijo que no dijera más mentiras y otras cosas que me da vergüenza contar; pero yo le tengo mucho miedo a decir mentiras, porque me lleva el diablo.

En el mes de diciembre, cuando salgamos del colegio y nos den nuestras vacaciones, me parece que iremos a la finca de mis primos, que tiene muchas frutas. Todavía faltan como uno, dos, tres, cuatro y cinco meses para que salgamos. Nos vamos con los animales de la casa que tenemos mis hermanas y yo. María Luz tiene un gato. María Elena tiene un perro, María Elisa tiene dos canarios, que cantan las canciones que les enseñamos y cantan que parecen hablando, como dice mi tía Eugenia. María Ignacia tiene una lora, que habla en francés y se pasa diciendo oraciones porque la educaron en el Colegio del Sagrado Corazón.



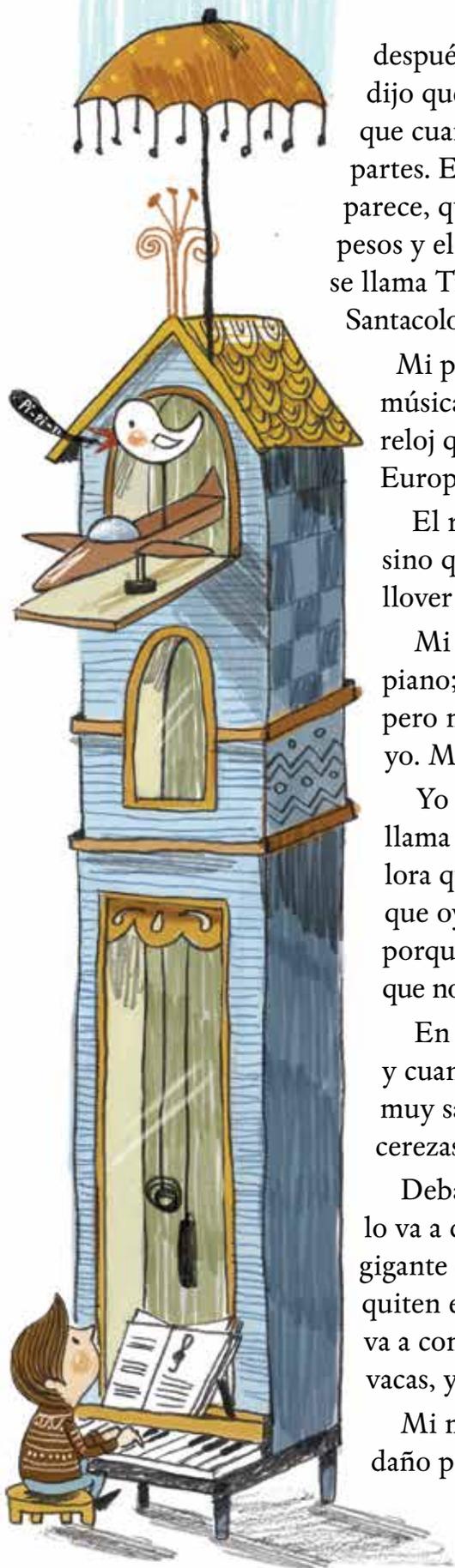
Pero lo mejor es un tigre que yo tengo, eso sí no muy grande, que me trajeron de los Llanos. Es mansito y muy lindo y no hace daños; le gusta comerse las flores y por eso mamacita lo castiga, pero yo le traigo geranios y claveles, que es lo que más le gusta. Mi otra hermana María Alberta tenía un pescadito domesticado, que siempre lo llevaba a todas partes, pero un día se cayó a la alberca y se ahogó.

11

Cuando vamos a la finca de mis primos voy a comerme unas naranjas que hay allá que son azules y llenas de miel por dentro y son más grandes que una calabaza. Un día se cayó una de esas naranjas y cayó sobre el caballito poney de Miguel y lo mató. Todos se pusieron a llorar y se fueron a enterrar al caballito, pero yo me quedé solo y me comí la naranja.

Esa María Alicia, mi hermana mayor, tiene un novio que la invita a cine y al parque y le lleva dulces, y a mí me regala todo lo que le pido y me regaló una bicicleta y unos patines, y un tren eléctrico que tiene estaciones y cambiavías y luz, y me regaló una escopeta grande que es de verdad, pero todavía no me ha entregado nada y me las va a llevar el día que se case con mi hermana.

Pero yo tengo que pensar porque María Alicia tiene otro novio, que es militar y aviador, y tiene un avión con cinco motores y va a hacer un viaje a Europa y



después a Paris, y el avión es más grande que todos; él me dijo que me va a llevar y me va a enseñar a manejarlo, para que cuando se case con mi hermana yo pueda llevarlos a todas partes. El otro novio de mi hermana María Alicia se llama, me parece, que Juan Guillermo Santacoloma, y tiene un millón de pesos y el aviador se llama Ignacio San Ignacio y el aeroplano se llama Tierra de Santa María y la hacienda que tiene el señor Santacoloma se llama Santa Isabel Arcángel.

Mi papá tiene un reloj que por dentro tiene una cajita de música y tiene también un pajarito que da las horas, como el reloj que hay en el comedor de otros abuelitos que tengo en Europa, porque me contó mi tía Juana Tadea.

El reloj que tiene mi papá no tiene cuerda ni punteros, sino que el pajarito va diciendo las horas y cuándo va a llover y a salir la luna.

Mi papá me dijo que me lo va a regalar cuando sepa tocar piano; yo ya sé tocar una pieza que me enseñó el maestro, pero mi hermana María Candelaria dice que sabe más que yo. Mi hermana dice muchas mentiras.

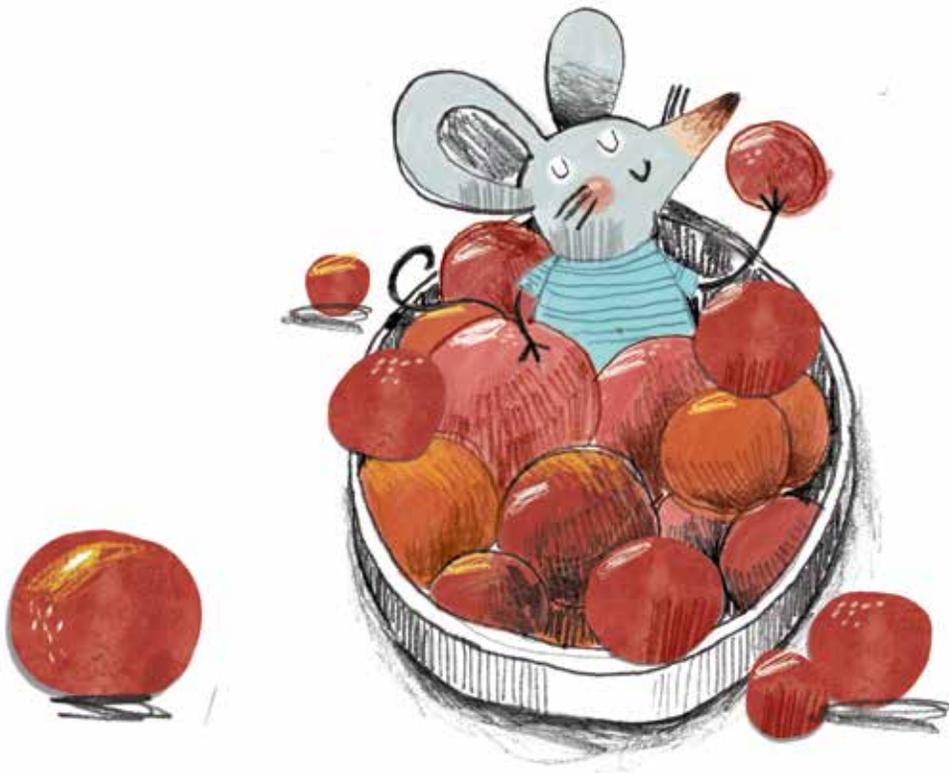
Yo soy muy aplicado en la escuela y el maestro que se llama don Bartolomé, dijo que me iba a dar en premio una lora que tiene en la casa; es de cuatro colores y habla todo lo que oye en la clase, y entonces yo me la llevo para mi casa porque allá no tenemos animales y hacen mucha falta para que nos acompañen a mi mamacita y a mí, que somos tan solos.

En mi casa hay un árbol en el patio, que es un cerezo, y cuando tiene cerezas las comemos asadas, porque son muy sabrosas y también rellenas de carne, porque son unas cerezas más grandes que una naranja.

Debajo del cerezo está enterrado un gigante y mi padrino lo va a desenterrar, para quitarle todo lo que tiene cogido el gigante con las manos, que son como de diablo. Cuando le quiten el tesoro al gigante se va a volver humano y mi padrino va a comprar una casa y una hacienda, y cien caballos, y cien vacas, y cien automóviles, y otro poco de cosas más.

Mi mamá me dijo que no escriba más porque me hace daño para los ojos y yo soy un niño obediente.





Minisurumbullo y el dulce de icaco

Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira

13

Es bien sabido que los ratones construyen grandes ciudades bajo las plazas y avenidas de las poblaciones humanas. Allí, bajo tierra, sin que nadie se dé cuenta, eligen reyes, forman ejércitos, libran batallas, tienen genios, héroes... Todo muy bien, pero esta historia nada tiene que ver con personajes tan importantes sino con una humilde familia de ratoncitos campesinos que tenía su madriguera bajo una mata de reseda al pie de una mata de retama junto a una mata de moras en un potrero que había en las afueras de una tranquila aldea.

Adentro, el huequito tenía varios cuartos, pues la familia era numerosa. Tenía su puerta principal y su puerta secreta para el caso de que necesitaran despistar a algún enemigo, cosa que nunca ocurría: el vecindario era sumamente tranquilo. El único que utilizaba la puerta secreta era el menor de la familia para salir a hacer sus pilatunas.

Éste se llamaba Minisurumbullo, pero todos los nombres de ratón son larguísimos y todos se abrevian, así que a Minisurumbullo lo llamaban “Mi”. Mi era todo gris, menos la lengüita rosada con que se bañaba, las uñas y los dientecitos blanquísimos y los pícaros ojos de chispita negra.

Una mañana salió por la puerta secreta en busca de aventuras. Como los demás dormían, nadie lo vio salir.





Corrió por los potreros tan rápido que por poco pierde su sombra. Llegó a la aldea tan rápido que casi llega sin cola. La aldea como siempre olía... ¡olía delicioso!

14 Mi se metió por la rendija de una puerta y se encontró en una cocina llena de perfumes apetitosos, pero también llena de gente.

— ¡Auxilio! ¡Un ratón! —gritó alguien.

— ¡Aquí hay una escoba! ¡Dele! —gritó alguien más.

— ¿Cuál ratón?

— Ahí estaba.

— ¡Qué va! No hay nada.

Mi, escondido detrás de la estufa, suspiró de alivio. Había comprobado que no había gato, porque lo habrían llamado.

La gente de la cocina estaba muy ocupada y nerviosa. Estaban preparando el almuerzo para una visita encopetadísima. Todo lo que hacían era tentador, pero Mi tenía los ojos puestos en el dulce. Era dulce de icaco.

Ya casi nadie ha vuelto a hacer dulce de icaco en las casas. En todo caso, es una fruta ovalada, de color gris. Los icacos estaban en una olla, pero Mi vio cuando los pasaron a una vasija que dejaron sobre la mesa. Esperó con paciencia. Cuando se fue la última persona de la cocina, salió disparado de su escondite.

Saltó a la mesa, luego a la vasija. ¡Increíble quedar nadando en almíbar! Probó una fruta, pero en realidad el almíbar era lo que más le gustaba. Escondió la

semilla de icaco bien abajo. Quiso seguir bebiendo almíbar, pero hacía tanto calor y era tanta la dulzura que lo invadió el sueño. Entre sueños oyó la voz de un niño muy pequeño:

— ¡Ay, mamacita, qué cosas más ricas! ¿Puedo probar algo?

—No, ahorita no; pero te voy a dejar sentar a la mesa con los grandes. Eso sí, tienes que estar muy juicioso. Nada de comer con la mano ni hablar cuando los grandes estén hablando ni decir que la comida está fea. Te comes todo lo que te sirvan sin decir nada.

Tal vez me debería ir, pensó Mi, pero, como estaba pensando dormido, se quedó donde estaba. Fue cayendo en un sueño cada vez más profundo. Enrolladito, cubierto completamente de almíbar y tan chiquito como era, parecía un icaco más en el dulce.

Lo despertó un fuerte sacudón. Mi se paralizó de miedo. Estaban alzando la vasija. La llevaban al comedor. Con una cuchara grandísima, alguien comenzó a sacar los icacos de a dos en dos, y cada vez había menos almíbar. Ya no quedaba más remedio que seguir fingiendo ser un icaco. Pidió silenciosamente a San Francisco de Asís, el santo de los animales, que lo salvara de algún modo, pero no veía cómo.

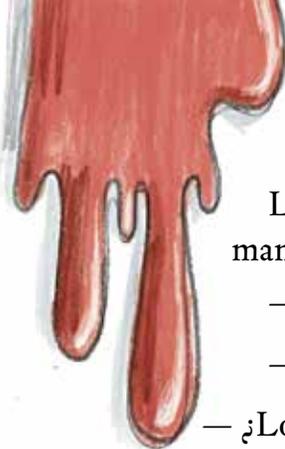
A los grandes les sirvieron de a dos, y finalmente al niño le sirvieron uno, el último.

—Mamacita —dijo el niño—. ¿Esto qué es?

—Dulce de icaco, mijito. Pruébalo. Es delicioso.

El niño se quedó mirando el plato.





Los grandes siguieron conversando y, aunque al niño le había dicho la mamá que no debía interrumpirlos, al ratico dijo:

—Mamacita...

— ¿Sí, mijo?

— ¿Los icacos tienen unos ojitos negros?

— ¡Ah, qué niño más necio! Los icacos no tienen ojitos negros, ni ninguna clase de ojitos. Come juicioso y no molestes.

El niño siguió mirando el plato, mientras los grandes seguían hablando de cosas serias, de política; pero al ratico volvió a interrumpir:

— Mamacita...

— ¿Sí, mijo?

— ¿Los icacos tienen orejitas redondas?

— ¡Cállate y no molestes más! ¡Qué van a tener orejitas redondas ni ninguna clase de orejas!

El niño siguió mirando su plato. Al ratico dijo:

— Mamacita...

— ¿Sí, mijo?

— ¿Pero bigoticos sí tienen?

— ¡Come y no sigas diciendo tanta bobada! —lo regañó la mamá—. ¡Qué va a tener bigoticos un icaco!

Y siguieron hablando los grandes de política, de negocios. El niño siguió mirando el plato.

— Mamacita... —volvió a interrumpir—. ¿Pero una colita sí tienen?

— ¡Qué va a tener cola un icaco! —dijo la mamá y lo regañó otra vez.

El niño siguió mirando el plato. Pasó un rato más largo. Los grandes hablaban.

—Mamacita...

— ¿A ver, mijo?

— ¿Pero paticas sí?

En ese instante, Mi saltó del plato. Las señoras se subieron a los asientos y se pusieron a gritar como sirenas de bomberos. La mamá del niño se desmayó. El niño se puso pálido, después colorado, después le dio un ataque de risa.



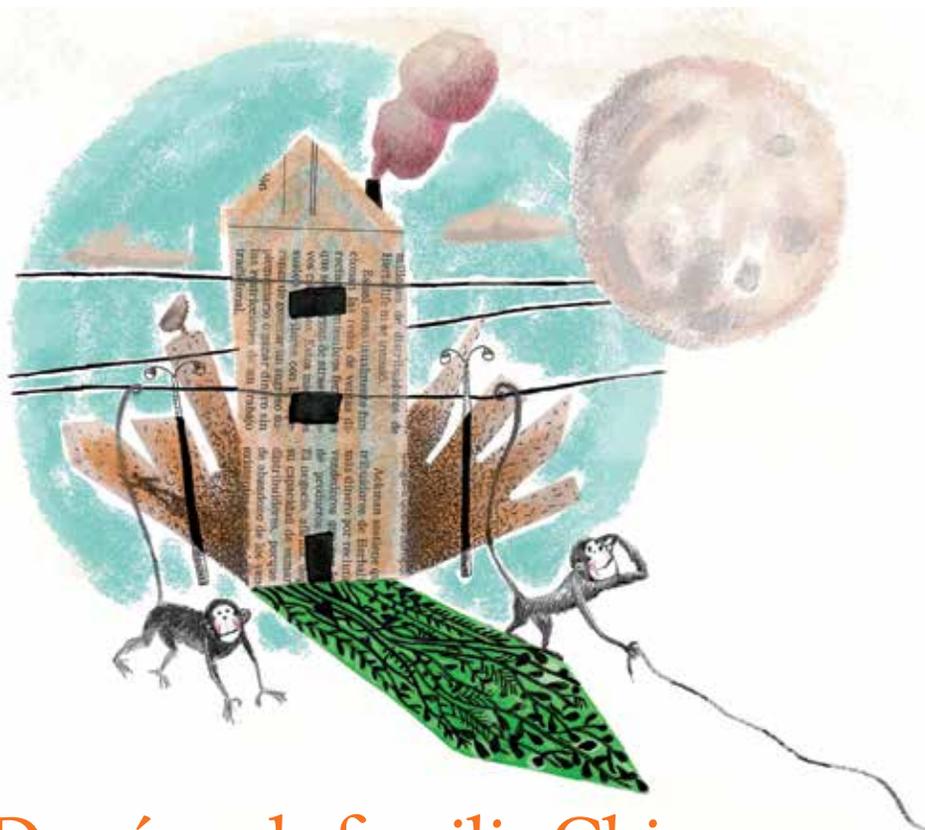


Minisurumbullo saltó de la mesa. Corrió y corrió. Salió por la rendija de una puerta, se encontró en una cocina llena de perfumes apetitosos, potreros y cercas hasta que llegó a una mata de moras, una de retama y una de reseda. Se metió bajo la mata de reseda y encontró el huequito de la entrada principal de su casa. Se dejó caer como un bólido.

— ¡Hola, Mi! —gritaron los demás ratoncitos—. ¿Dónde estabas? ¡Cuenta! ¡Cuenta!

Y sus padres, abuelitos, primos, tíos, hermanos y hermanas empezaron a limpiarlo con sus lengüitas mientras contaba. Le quitaron de encima pajas y polvo, hasta que ya no había sino almíbar y más almíbar de icaco. Estaba delicioso, en el punto preciso para saber a gloria. Embelesados escuchando la increíble aventura, lo lamían y lo lamían lamiendo.

—Me encanta una historia así —dijo la abuelita secándose un par de lágrimas—. Tiene un final tan dulce...



De cómo la familia Chimp vino a la ciudad

Santiago Pérez Triana

18

Con ser y hallarse en la plenitud de la vida, Mister Chimp se había ya retirado de las ocupaciones activas. Vivía tranquilamente en el seno de su familia, feliz en el amor de Missis Chimp y de los cuatro retoños, dos chicos y dos chicas, que el cielo le había deparado para bendición de su casa.

Casa situada en lo profundo de una dilatada selva, poblada de árboles mayores, que alzaban a grande altura sus tupidas copas y entrelazaban sus brazos extendidos, por muchas leguas a la redonda.

Debajo de los árboles, en el monte bajo, bullían numerosos y variados los habitantes de la selva; grandes unos, chicos otros; éstos corrían, aquéllos se deslizaban; los de acá se arrastraban torpemente; los de allá iban marchando con lentitud y solemnidad. Había ardillas y conejos, zorras y venados, lagartos y culebras, osos y gatos monteses, y una turba de pájaros bulliciosos, de plumaje vario, cuyos nidos colgaban de las ramas de los árboles.

Pero los Chimp no alternaban con todo el mundo. Ellos habían escogido una de las ramas superiores de uno de los árboles más altos, y allí dejaban correr la vida, lejos de las turbas insensatas, gozando de una perfecta felicidad doméstica.

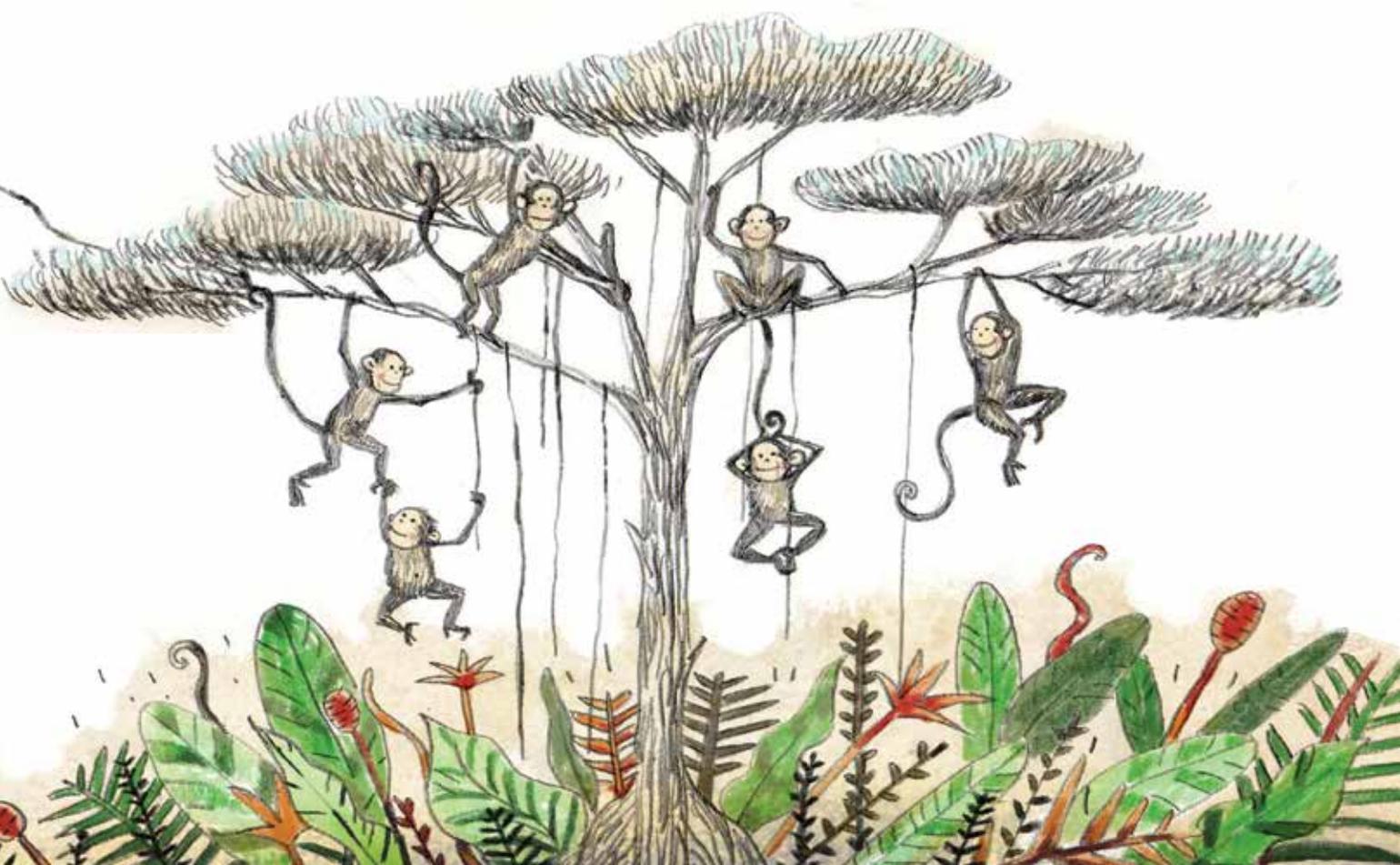


Fieles a las tradiciones de su raza, no usaban vestidos de ninguna clase; circunstancia feliz que los ponía a salvo de sastres y modistas, cuya llegada no siempre es causa de regocijo en los lugares comunes y corrientes. Para eso tenían los Chimp su pelliza natural, que les mantenía calentitos y que, en términos del oficio, les venía al cuerpo como pintada.

Los quehaceres domésticos no eran para rendir de fatiga a Missis Chimp. Baste decir que no tenía que cocinar, porque el bosque circunvecino proveía a la familia de alimentación abundante, que consistía sobre todo en nueces, con aditamentos ocasionales, por vía de golosina, de hojas y tallos tiernos, procedentes de ciertas plantas comestibles. Tampoco había, es claro, cuenta del tendero, ni del carnicero, ni del panadero, ni de los demás proveedores de las casas de las ciudades.

Ventaja pura y neta era todo aquello; de manera que los dichosos padres, libres de cuidado en cuanto al mantenimiento de la familia, podían dedicarse por entero a la superior educación de sus hijuelos. Inculcábanles, pues, aquellas máximas de virtud y de sabiduría que habían de asegurarles luego la felicidad terrena.

Los Chimp estaban provistos de ciertos apéndices comúnmente llamados colas. Eran largas, flexibles, fuertes, y podían enroscarse de mil modos diferentes.





Si los bípedos llamados hombres se detuviesen a meditar sobre el asunto, debieran dolerse a la continua de haber perdido un aditamento tan útil como la cola.

Mientras Missis Chimp, aficionada al descanso, como suelen serlo las damas de edad madura, se quedaba perezosamente en la cama en la comba de una rama favorita, Mister Chimp salía algunas mañanas a dar un paseo con sus hijos por los árboles vecinos. El guiaba la marcha, saltando de una en otra rama y de uno en otro árbol, seguido por su amorosa prole. El precavido Mister Chimp calculaba los saltos de modo que fuesen adecuados a los músculos de los chiquillos. Al principio, en distancias no muy largas, los saltos eran como los que daría cualquier bípedo en el suelo; luego les fue enseñando a que se sirviesen poco a poco de la cola para salvar distancias mayores. Envolvía la cola en una rama sólida, columpiaba el cuerpo como un péndulo en el aire, y, adquiriendo el necesario empuje, soltaba la cola de donde la tenía asida y se lanzaba a una rama del árbol próximo. Los niños seguían el ejemplo, con mucha timidez al principio, regocijados del sport después. Así hicieron largos paseos, en los cuales exploraron todos los rincones y vericuetos de la floresta.

20 Con el tiempo llegaron a realizar verdaderas proezas de atrevimiento. Bajo la dirección paterna todos los niños se colocaban en cadena viviente, eslabonando la cola del uno al cuello del otro, sostenidos en el punto de partida por Mister Chimp, cuya cola se envolvía a la rama de un árbol; columpiándose luego la cadena entera, que en sus oscilaciones recorría larguísimas distancias, el individuo del extremo se agarraba a una rama allá lejos, el padre se dejaba ir entonces, y he aquí que todos los Chimp iban a dar con sus personas a un árbol diferente.

Al volver a casa, cargados a menudo con los despojos de la correría, tomaban el almuerzo, y después de un ligero descanso, Mister Chimp se ponía a instruir a sus hijos en la ciencia de la vida, con sus vicisitudes y peligros, tal como la amarga experiencia se la había enseñado a él mismo.

Y aconteció cierto día que, mientras la familia almorzaba, llegó a sus oídos el sonido de una voz distante. La voz, que apenas se alcanzaba a oír, venía de abajo.

– ¡Chimp! ¡Chimp! –decía. Luego sonó más cerca repitiendo: – ¡Chimp!, ¡Chimp!

Missis Chimp, alerta siempre y de ojo avizor, fue la que primero advirtió de dónde venía aquella voz. Allá abajo, al mismo pie del árbol, estaba un hombre pelirrojo, con la cara vuelta hacia arriba, el sombrero en la mano y gritando: – ¿Quiere usted bajar, Mister Chimp?

– No, no bajes, querido mío –dijo Missis Chimp -: ese que te llama es un hombre malo y puede hacerte algún daño.

– Señora –dijo el hombre–, yo no soy malo. Sólo he venido a invitar a usted, a Mister Chimp y a los niños para que me acompañen a un corto paseo a la ciudad, donde ustedes tendrán muy lindos vestidos para ponerse.

– ¡Vestidos, Chimp! Este no puede ser un hombre malo. Bajemos a ver qué quiere.

Con obediencia de marido, Mister Chimp siguió el consejo de su mujer y en un abrir y cerrar de ojos la familia toda, deslizándose por el tronco del árbol, estuvo delante del recién venido.

Este avanzó y le dio un caluroso apretón de manos a Mister Chimp.

– ¿Cómo está usted? Cerebro infinito verlo. A los pies de usted, Missis Chimp, ¿y los chiquillos? ¡Vamos, son un primor! Felicito a ustedes con toda mi alma. He venido a invitarlos a la ciudad. Mi coche espera a la salida del bosque. En la ciudad ustedes tendrán que ponerse vestidos: ¡la gente tiene tantas preocupaciones! Y en lo social uno debe pecar más bien por carta de más que por carta de menos. Conque, ¿vienen ustedes? Por supuesto que sí; así lo esperaba yo. A ustedes se los espera con infinita curiosidad... digo... quiero decir, con ansiedad, pues el nombre y buena fama de ustedes ha llegado a noticia de nuestras gentes, y están deseosísimas de verlos y conocerlos a todos ustedes.





Entre tanto el hombre de los cabellos rojos iba andando con Mister Chimp de la mano y seguido por Missis Chimp y los chiquillos. Pronto llegaron a donde estaba un gran carruaje con cuatro caballos enganchados. El hombre abrió la puerta y empujó dentro a Mister Chimp, y en un decir Jesús toda la familia Chimp se encontró en el carruaje, rodando sin saber adónde y escuchando la cháchara incesante del nuevo amigo, acerca del mundo maravilloso que iban a ver dentro de poco.

Algunas horas después llegaron a la ciudad, cosa que antes no habían visto nunca, pero sobre la cual les habían llegado algunas vagas noticias, traídas al bosque por un amigo de Mister Chimp, gran viajador en sus mocedades.

Casas, iglesias, calles, plazas, parques, tranvías, carruajes, estatuas, fuentes, todo un mundo de cosas revueltas, maravillosas e incomprensibles que aparecían a sus ojos hormigueando en todas direcciones, y una multitud de seres muy parecidos a los Chimp, sólo que iban cubiertos con ciertos ajuares llamados vestidos, de los cuales había hablado el hombre pelirrojo.

El coche se detuvo, abrióse la portezuela y el pelirrojo se apeó a la entrada de un edificio muy grande. –Aquí –dijo él– los vestirán a ustedes a la última moda. Usted, Mister Chimp, se servirá pasar a esta habitación, los chicos al departamento de los niños, las niñas allí a la izquierda, y usted Missis Chimp, tendrá la bondad de subir conmigo al departamento de las señoras. Yo esperaré luego abajo, y estoy seguro de que al salir todos ustedes estarán perfectamente satisfechos del resultado.



Mister Chimp fue el primero que salió, media hora después. Estaba hecho todo un caballero, chistera en la cabeza, lentes en los ojos, un cuello alto y rígido, corbata con un luciente alfiler de diamantes, levita larga, chaleco de fantasía, pantalón a cuadros, botas de charol, guantes, cadena de oro, reloj en el bolsillo, nada se había olvidado.

Parece que la cola había resultado un tanto estorbosa, pero el inteligente oficial se había dado trazas de ocultarla, o a lo largo de las espaldas, o por entre la pierna del pantalón, que sobre este punto las crónicas no andan completamente acordes; de suerte que Mister Chimp habría podido ingresar en cualquier Directorio o

Parlamento, sin lesión ni detrimento para el puntillo de sus colegas por lo del apéndice aquél.

En el andar mostraba Mister Chimp la seguridad de quien se siente en su elemento. Comprendía que los vestidos que llevaba lo igualaban a la generalidad de los bípedos que se movían a su alrededor.

Mientras estaba allí en satisfacción muda, cayeron sus miradas sobre una dama elegante y graciosa que a la sazón salía del edificio. Como él sabía que Missis Chimp se hallaba a conveniente distancia, resolvió ¡al fin hombre! seguir a la hermosa y tal vez abordarla, si eso era posible.

Andando casi de puntillas, con gracioso contoneo de cuerpo y una sonrisa seductora en los labios, se acercó a la bella desconocida: –Señora –le dijo– ¿me permitiría usted que...?

Por debajo del enorme sombrero, poema de paja, fieltro, plumas, pájaros disecados y flores exóticas artificiales, se volvió hacia él el rostro de la dama. Suspensos se quedaron por un instante los dos interesados.

– ¡Cómo, Chimp! ¿Eres tú? –exclamó Missis Chimp, porque era ella, ella en persona.

Habíanla ataviado a la última moda. No es para un simple mortal masculino intentar siquiera la descripción de las maravillas de indumentaria que la oficiala había superpuesto y ordenado en el cuerpecito de Missis Chimp. Allí había cintas



y encajes, sedas y gasas, bordados y terciopelos, mullidos, esponjamientos y unas como nubes crespas, ballenas, fajas elásticas y todos los misteriosos, incontables e indescritibles elementos de que se sirven las mujeres para realzar su belleza y para gastar el dinero de sus maridos.

En fin, que Missis Chimp estaba hecha la gran señora y que habría sido flor y prez en cualquier círculo de cualesquiera damas.

Conviene advertir que en el caso de Missis Chimp el problema de la cola no ofreció serias dificultades, debido a las proporciones arquitectónicas del ajuar.

Pero después de todo, Missis Chimp tenía corazón femenino.

–Chimp –había dicho ella– ¿así te diriges siempre tú a las mujeres que no conoces? ¿Y eso a tu edad? –En sus ojos brillaba una lágrima de reproche.

–Yo te conocí inmediatamente, te lo aseguro, querida mía –tartamudeó Mister Chimp.

Ella no insistió, pero el recuerdo de aquel incidente no se le borró de la memoria, y allí estaba para resucitar siempre que ocurría alguno de esos disgustillos que casi son disgustos, tan frecuentes aun en los hogares más bien constituidos. Porque, según sabemos todos, el monstruo ojiverde de los celos no vuelve a dormir una vez que se ha despertado, y se convierte per secula en cruz y tormento de los desventurados a quienes ha mordido. Sirva esto de advertencia



a todos y cada uno, ya sean bípedos de los que viven en las ciudades, ya sean personas con cola de las nacidas en los bosques.

A su tiempo salieron los niños, peregrinamente transmutados ellos también. Sin duda hubieran podido alternar con los chicos de la ciudad. La sola diferencia habría sido quizás que ellos tenían un poco más de pelo del que se acostumbra; pero con guantes en las manos y sombreros o gorras en la cabeza, las cosas quedaban en su punto.

La familia anduvo por las calles, acompañada siempre por el inseparable pelirrojo, gozando de la vida urbana y viendo todo lo digno de verse, así que pronto iban sintiéndose como patos en el agua. Maldita la gracia que les hacía el pensar en volver a la sencillez de su vida primitiva en la floresta. Por suerte su amigo se había anticipado a proveer lo conveniente para que se quedaran en la ciudad.

Con toda la cortesía y delicadeza que el caso reclamaba, para no herir el orgullo de Mister Chimp ni su puntillo, insinuó que la familia debería aceptar una invitación para asistir a ciertas recepciones de la tarde y de prima noche, a las cuales, decía él, no asistía sino lo más escogido de la ciudad y en las cuales Mister Chimp y su familia no tendrían sino que ocupar la localidad que se les destinaba y recibir allí a los numerosos visitantes que sin duda acudirían a ellos.

26

Tranquilizado en lo tocante y atañadero a su dignidad, Mister Chimp vino en aceptar; y ese mismo día fueron instalados los Chimp en una como gran casa con ruedas, colocada en un espacioso edificio, al cual venía gran número de gente. Si Mister Chimp hubiera sabido que aquello no era más que un circo y que a él y a los seres amados se los estaba exhibiendo ante una muchedumbre vulgar, habría sentido el ultraje en lo más hondo y hubiera procurado volverse a su floresta; pero es lo cierto que las comidas eran servidas con entera puntualidad y ese detalle en ocasiones suaviza los arranques de ira y de dignidad. Missis Chimp y los niños estaban contentos.

Alrededor de la casa oscilaban unos cuantos trapecios, en recuerdo de los pasados días. El lujo presente amortiguaba cualesquiera recelos que en el pecho paterno pudieran albergarse.

Así fue como toda la familia Chimp vino a la ciudad y se quedó allí. Mister Chimp aprendió muchas cosas, y llegó a una alta posición en sus nuevas condiciones de vida; con el tiempo se dio trazas de aprender los arbitrios y las artes de los hombres; logró abandonar su jaula y tomar parte en los negocios de las gentes que lo rodeaban.



Adquirió cierto aire severo y solemne, que no dejaba por un instante, y procuraba parecer sabio siendo de pocas palabras y de ningunas obras; de ese modo subió en la consideración de las gentes, y empezaron a lloverles honores y distinciones. Llegó a ser regidor, alcalde de la ciudad y político influyente. El sol de la fortuna les dio brillo a la esposa y a los hijos y éstos se casaron, llegado el momento, en la aristocracia del país.

27

La cola era para ellos un motivo de ansiedad constante, pero nadie descubrió jamás el secreto de su existencia, sino tal vez cuando ya era demasiado tarde y cuando ya la felicidad de los descubridores estaba vinculada al secreto susodicho.

Todas estas cosas sucedieron hace mucho tiempo. Los enlaces de los Chimp con individuos de nuestra alta sociedad durante muchas generaciones, tal vez expliquen por qué hallamos tan a menudo gentes que tienen todos los rasgos físicos y mentales que distinguían a la raza pura de los Chimp; gentes que tal vez llevan en el alma las altivas tradiciones que Mister Chimp le predicaba a su familia en la copa de aquel árbol altísimo, donde corrieron los mejores años de su vida, y donde pudo presenciar todas las cabriolas de sus padres, cuando ellos a su vez le enseñaron a él el arte de la vida; arte, decía Mister Chimp, que después de todo se reduce, así en la ciudad como en el bosque, a saber guardar el equilibrio y salir airoso de los malos pasos.



La cucarachita Martínez

Rocío Vélez de Piedrahíta

28

Colombia es un país riquísimo en insectos. Los hay de todas clases; unos hacen ruido como los grillos y las cigarras, otros chupan como las moscas, pican como las pulgas y los piojos, ruñen como los pulgones; a las mariposas les gusta que las vean, las hormigas se meten entre la tierra; las libélulas viven en los pantanos y las mariquitas en los jardines. Las cucarachas salen de noche, viven en las casas y los almacenes de la gente, y corren muchísimo.

Una vez había una cucarachita diferente que salía de día, tenía su propia casa, y caminaba despacio. Se llamaba Cucarachita Martínez. Vivía en un pueblito, tenía muchos amigos, y era muy limpia. Todo en su casa estaba ordenado y bien barrido. Por las mañanas después de bañarse, desayunar y ordenar la casa se ponía a barrer la calle.

Un día, al barrer la acera, se encontró una monedita de plata. Muy contenta se fue de compras.

Compró una blusa blanca y una falda de colores; zapatos de charol y medias rojas; un delantecito con encajes y boleros, un adorno para la cabeza y unas pulseritas para sus seis patas y muy feliz regresó a casa. Se puso todo lo que había comprado, y muy limpia y arreglada, se instaló en la acera en un taburete de vaqueta, a ver pasar gente.

Desde lejos, vio venir un león.
Llenaba la calle con su gran cabeza
melenuda, su vaivén pausado, mirando a
todos los lados y gruñendo. Desde lejos
vio a la Cucarachita Martínez sentadita en
la acera y quedó fascinado con su limpieza
y elegancia. Se paró frente a ella y muy
meloso le dijo:

— Cucarachita Martínez: ¿te querés
casar conmigo?

Cucarachita Martínez lo miró de
arriba a abajo, de un lado a otro, observó
la melena, el color dorado de la piel, los
ojos chiquitos, los colmillos grandes.

— ¡Ni riesgos! — dijo —, usted será muy
hermoso y muy fuerte, pero ruge. Y yo no
me meto con los que rugen.

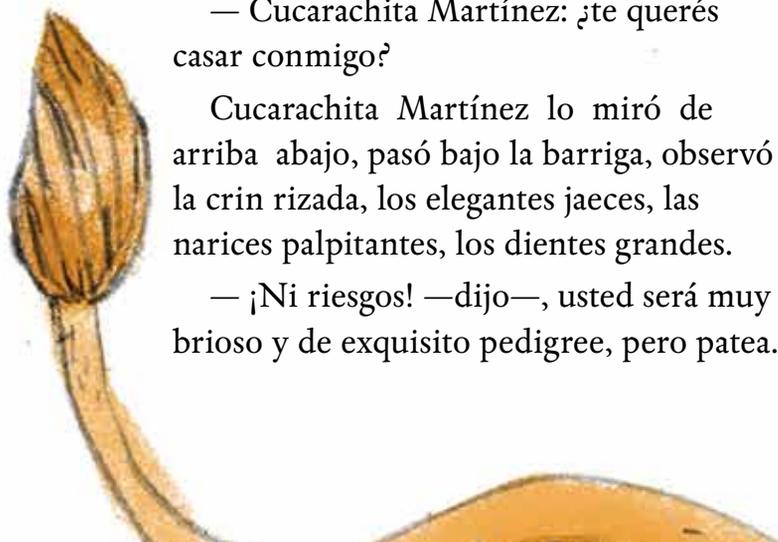
El león se fue triste.

Desde lejos vio venir un caballo.
Adornaba la calle con su brioso paso fino,
levantando las dos manos con elegancia,
con ritmo acelerado, con aire de ejecutivo
joven, elegante la crin al viento, primorosa
la flexible, larga cola. Desde lejos vio a
la Cucarachita Martínez sentadita en la
acera y quedó fascinado con su limpieza
y elegancia. Se paró frente a ella y muy
garboso le dijo:

— Cucarachita Martínez: ¿te querés
casar conmigo?

Cucarachita Martínez lo miró de
arriba abajo, pasó bajo la barriga, observó
la crin rizada, los elegantes jaeces, las
narices palpitantes, los dientes grandes.

— ¡Ni riesgos! — dijo —, usted será muy
brioso y de exquisito pedigree, pero patea.



Y yo no me meto con los que patean.

El caballo de paso fino colombiano se fue triste.

Desde lejos vio venir un perro. Alborotaba la calle con sus ladridos juguetones y la rapidez de sus giros, oliendo las gentes, asomándose por las puertas, retozando con los niños. Desde lejos vio a la Cucarachita Martínez sentadita en la acera y quedó fascinado con su limpieza y elegancia. Se paró frente a ella y muy resuelto le dijo:

— Cucarachita Martínez: ¿te querés casar conmigo?

Cucarachita Martínez lo miró por todos los lados, pasó por debajo de su barriga, observó la alegría de su cola, la elegancia de su porte, las orejas paradas, los ojos a medio cerrar, la boca a medio abrir.

— ¡Ni riesgos! —dijo—, usted es muy valiente, y muy fiel, pero muerde. Y yo no me meto con los que muerden.

El perro se fue triste.

Desde lejos vio venir un gato. Chapuceaba por la calle, saltando de la acera a los bordes de las ventanas, por sobre las carretillas y las canecas de basura, adelantando dos pasos y devolviéndose uno, la pelambre como terciopelo, los bigotes como antenas flexibles, las patas abollonadas, la boca diminuta. Desde

30 — Cucarachita Martínez: ¿te querés casar conmigo?

La Cucarachita Martínez lo miró de arriba abajo, por todos los lados. Observó la tersura de la piel, el color amarillo de los ojos con inmensas pupilas dilatadas, la flexibilidad pronta, las patas juguetonas, las orejas diminutas.

— ¡Ni riesgos! —dijo—, usted será muy suave y muy flexible, y ve de noche y camina sin ruido, pero araña. Y yo no me meto con los que arañan.

El gato se fue triste.

La Cucarachita Martínez no vio venir el ratón, porque gris color del cemento de la acera, y pegado de la pared, veloz y gelatinoso, no se notaba sino cuando ya se había ido. Pero el ratón sí la vio y quedó fascinado con su limpieza y elegancia. Se paró frente a ella y suavemente, querendón le dijo:

— Me llamo Ratoncito Pérez; nunca había visto una cucaracha tan bonita y elegante. ¿Me quiere hacer el favor de casarse conmigo?

La Cucarachita Martínez lo miró por encima —por debajo no podía porque



tenía la barriga pegada al piso— y por los lados. Observó los ojos picaritos, el color plateado de la piel, los bigotes trémulos, el hocico largo y las orejas cortas.

— ¡Por supuesto Ratoncito! —contestó la Cucarachita—, y muy felices se fueron de luna de miel.

Pasados unos días dijo Cucarachita Martínez:

— Ratoncito Pérez: se acabo la comida y tengo que ir a mercar en las cocinas de las casas del pueblo. Tú me esperas aquí sin ir a hacerme un daño. Y no vayas a entrar a la cocina que es peligroso.

Se fue con su falda nueva, la blusa blanca y las pulseritas en cada pata. Consiguió todo lo necesario para comer varios días y regresó tan cargada, que no podía abrir la puerta.

Tocó primero con una pata, luego con dos, luego con tres; finalmente con todas. Nada. Entonces empezó a llamar al Ratoncito Pérez: silencio. Ya intrigada descargó el mercado en el suelo, abrió la puerta, entró. Puso el mercado sobre la mesa y empezó a buscar al Ratoncito Pérez: no está detrás del televisor, no estaba debajo de la cama, ni debajo de las sillas, ni en el baño. Ni dormido ni despierto, por ninguna parte, y la Cucarachita Martínez empezó a preocuparse.

— No puede haber entrado a la cocina, porque le advertí que no lo hiciera... pero no me queda más dónde buscar.

Entró la Cucarachita a la cocina y miró en derredor; no había la menor señal del Ratoncito Pérez. Entonces observó que la tapa de la olla estaba torcida. Se acercó a la estufa, subió por el borde de la olla y... ¡pobrecita, lo que vio! El Ratoncito Pérez, desobedeciendo sus instrucciones, se había asomado a ver qué había entre la olla que estaba llena de agua hirviendo.

*No vio nada,
se asomó más,
tendió el hocico hacia adelante,
más y más, hasta ver el fondo y...
¡zaz!, se cayó y se quemó. Y se murió.
Pasaron muchos días y el gallo de la casa
vecina seguía cantando:
Ratoncito Pérez
se ahogó en la olla;
Cucarachita Martínez
lo siente y lo llora.*

